

16

9⁴-55

PANEGÍRICO

DE

NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

PATRONA DE GRANADA

PRONUNCIADO EN SU TEMPLO EL DÍA DE LA FUNCIÓN PRINCIPAL

DEL SOLEMNE OCTAVARIO CONSAGRADO A SUS DOLORES GLORIOSOS

POR EL

R. P. Francisco Jiménez Campaña

RECTOR DE LAS ESCUELAS PIAS

GRANADA

IMPRENTA DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

San Jerónimo, 29

1895

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Señal:

S

Estante:

002

Numero:

067 (16)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

Al Sr. Licenciado en Medicina D. José Hidalgo

Rodríguez

en apéndice. Cap.

El Autor

PANEGÍRICO

DE

NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C
Estante: 002
Número: 067 (16)

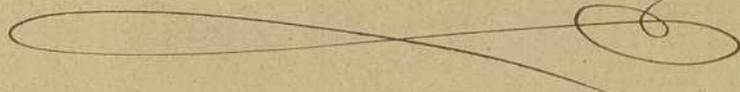


Al Sr. Licenciado en Medicina D. José Hidalgo

Rodríguez

o. a. Cap.

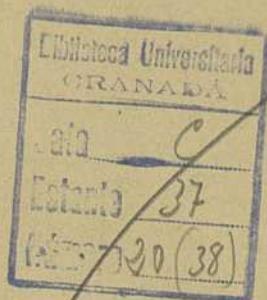
El Autor



PANEGÍRICO

DE

NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS





R29219

PANEGÍRICO
DE
NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS
PATRONA DE GRANADA

PRONUNCIADO EN SU TEMPLO EL DÍA DE LA FUNCIÓN PRINCIPAL

DEL SOLEMNE OCTAVARIO CONSAGRADO A SUS DOLORES GLORIOSOS

POR EL

R. P. Francisco Jiménez Campaña

RECTOR DE LAS ESCUELAS PÍAS

Con licencia del Ordinario
y á expensas de un ferviente devoto de la Santísima Virgen
é ilustre cofrade de su Real Hermandad

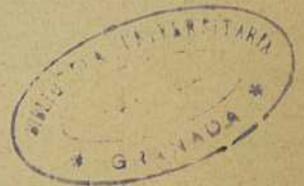
Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

San Jerónimo, 29

1895



4554

Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.
(Del libro de Judit, XV, 10).

EXCMOS. SRES.: (1)



L egoísmo de la vieja sociedad ha llegado á su apogeo en este siglo en que se han derramado por el mundo las doctrinas de Voltaire y de Proudhon. Como por esas ideas se conculcan todos los derechos y no son respetadas las instituciones más venerandas, ya ni el templo de Dios está seguro: la grandiosa catedral de espléndido pórtico y atrevida cúpula, en cuyas naves las artes derramaron sus maravillas y los genios encontraron la morada donde lucir mejor los vivos portentos de sus creaciones; la Casa milagrosa del Señor á donde vienen á curarse repentinamente los enfermos del alma; el Altar donde Dios quiere que todos los días se presente y de nuevo se ofrezca el sacrificio del Gólgota, vendrá estrepositosamente á tierra el día que los discípulos de Proudhon quieran formar una plaza, lugar escandaloso de públicas orgías y vergonzosas bacanales. Ya no están seguras detrás de los sagrados muros del cenobio las vírgenes esposas del Cordero divino, que elevan á los cielos sus plegarias para apagar el rayo, que arde en las manos del Eterno irritado con los crímenes del mundo; porque serán arrojadas de su casa bendita, como las aves de su propio nido, el día en que los discípulos de Epicuro quieran formar con sus huertos de rosales babilónicos pensiles. Ya no reposarán tranquilas en sus urnas artísticas de plata las cenizas de los santos, ni en los soberbios panteones los restos venerandos de los sabios y guerreros, ni en su penoso caminar encontrará el pere-

(1) El Excmo. Sr. Dr. D. José Moreno Mazón, Arzobispo de Granada y el Excmo. Ayuntamiento.



grino, en la soledad de los campos, la sacrosanta Cruz, que con los brazos abiertos espera á todos los desdichados; ni al volver de su destierro encontrará el proscripto la casa solariega, donde él nació y vió morir á sus padres; porque la mano de la venganza todo lo arruina; porque la tea de la discordia todo lo quema; porque los pies del egoismo necesitan escombros de monumentos sagrados para subir al trono de sus bastardos deseos; porque es fuerza que se derrumben los altares de Dios, si en la tierra han de estar seguros los falsos templos levantados al príncipe del odio, de la calumnia y de la envidia, que es el demonio.

Y templos tiene Lucifer en las cátedras, donde alardeando la ignorancia de sabia, se niega la existencia de Dios; templos en las hediondas capillas protestantes, donde se pretende salpicar de cieno la frente inmaculada de la Santísima Virgen; templos en esos tenebrosos centros, donde los llamados espiritistas, nigromantes del siglo diez y nueve de diabólicas artes se valen para engañar á la ignorancia; templos en los teatros donde bastardeando su fin, la moral se prostituye; templos acá y acullá donde quiera que la ambición siembra estragos para ser reina. El mundo anda revuelto por Lucifer, y por todas partes se amotinan los egoistas, pretendiendo levantar un trono sobre las ruínas de los otros.

Por eso me huelgo de venir á celebrar con vosotros ¡oh hijos de Granada!, estas fiestas de Nuestra Señora de las Angustias; porque aquí parece que no ha decaído en un punto la piedad de vuestros antepasados, agena de mezquinas ambiciones, según se vé el fervor pintado en vuestros semblantes y en la majestuosa solemnidad con que celebráis estos cultos.

Yo saludo, pues, á la ciudad católica y caballeresca, custodia fiel de los sepulcros de Fernando V de Aragón y de Isabel I de Castilla, de Gonzalo Fernández de Córdoba y de Pulgar, y cuna de aquellos Luises que con su lira y su palabra eclipsaron la fama de Horacio y Cicerón; yo saludo á la ínclita ciudad, que sombreada por las banderas de los gremios, no llenas de la sangre de las batallas, pero sí salpicadas del sudor que salta de la frente en el trabajo; presidida por el Excelentísimo Ayuntamiento, nunca más autoridad de Granada que cuando preside esta fiesta religiosa y amparada por su venerabilísimo Prelado, viene á derribarse delante de los altares de su Patrona y á proclamarla en alta voz una vez más: Gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de nuestro pueblo. *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

Y esa es mi proposición.

Imploremos los auxilios del cielo, de los que estoy necesitado, por la intercesión de Madre tan misericordiosa, diciéndola con el ángel: AVE MARÍA.

Thema ut supra.

EXCMOS. SRES.:

Toda gloria implica batalla, y el descanso trabajo, y el poderío conquista. Los reyes más gloriosos de la tierra fueron siempre los más batalladores; los tronos más pacíficos fueron los que en su principio hubieron de vencer más dificultades y contratiempos, y los imperios más poderosos no se formaron en el tranquilo deleite de la paz, sino en las rudas jornadas de la guerra. Y esta ley de la que ninguna criatura está exenta, se cumple también en la misma naturaleza inculta y salvaje; porque á la hermosura y templanza de la primavera, preceden los hielos y aires desabridos del invierno; á los frutos gustosos del otoño, los calores y sequedades del estío; á las tintas risueñas de la aurora, las mudas y temerosas sombras de la noche; y al suave murmullo de las ondas del Atlántico en día bonancible, los roncós mugidos de la tempestad que todo lo desconcierta y amotina.

Ni á hombres ni á cosas quiso Dios librar de esta ley y ni sus mismos ángeles fueron exceptuados: que los que hoy cantan con dulcísima armonía de voces alrededor de su trono aquella canción, que oyó San Juan en el Apocalipsis: (1) *Bendición y claridad y sabiduría y hacimiento de gracias, honra y virtud sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos*, un día fueron llamados por Luzbel y por él incitados con toda la magia de su sabiduría á rebelarse contra el Eterno; y ellos indignados cogieron sus arcos y volaron sus flechas y esgrimieron sus espadas contra las huestes del usurpador, que cayó vencido á los abismos.

El mismo Cristo, bien nuestro, que como Dios posee *ab eterno* su gloria, no siendo ésta conquistada, ni adquirida, sino propia de su divinidad, al vestirse de nuestra carne, pasando de la condición de Criador á la de criatura, no quiso eximirse de esta ley, ni volver á su cielo coronado de gloria, sin haber peleado legítimamente contra todas las pasiones de la tierra desatadas en su daño.

Y convino que así sucediera, porque así estaba decretado desde la eternidad por su divino Padre; así lo habían predicho los profetas; así

(1) Apoc. VII, 42.

lo exigía nuestra Redención; y los apóstoles y los mártires, los confesores y las vírgenes, que habían de caminar al cielo por medio de angustiosas tribulaciones, necesitaban un campeón fuerte y valeroso que los presidiese en el camino. *Haec oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam* (1).

Y si así convino que padeciese Cristo para entrar glorioso en los cielos, su Madre, que según la expresión de San Lorenzo Justiniano fué un clarísimo espejo de la Pasión de Cristo: *Clarissimum passionis Christi speculum efectum erat cor Virginis*; debió ser por legítima consecuencia la blanca luna en donde se reflejaron los rayos de gloria del purísimo sol de los cielos, Cristo Jesús. *Tu gloria Jerusalem*.

Pero veamos la batalla, para apreciar después dignamente la gloria.

Cuando el dolor nos amaga levantando sobre nuestras frentes sus manos de hierro, comienza el corazón á palpar con ritmo más acelerado; la imaginación viste con el negro ropaje de las penas todos nuestros pensamientos; la atmósfera que nos rodea se torna pesada como una capa de plomo, y como nos parece estar al borde de un precipicio, tornamos con la inteligencia y la voluntad las espaldas al dolor y solamente impulsados por la voz de la conciencia, damos medrosos é irresolutos el primer paso hacia el sacrificio. Y cuando la víctima que se ha de sacrificar es un hijo por quien las horas parecen cortas para el trabajo, por quien es más risueña la esperanza y los ensueños más deliciosos, porque allí la imaginación inspirada por el amor con mano libre pinta para el hijo un porvenir con todos los colores de la gloria y todas las comodidades de la dicha; cuando la víctima, digo, ha de ser un hijo, paréceme que la inteligencia mareada por las olas de sangre que suben del corazón á la cabeza y la voluntad subyugada por los gritos del amor, deben trabar lucha horrible contra el deber, si es el deber el que obliga á tan tremendo sacrificio. Mirad, pues, cómo María no vuelve las espaldas al dolor, sino que resuelta á aceptar la batalla, está al pie de la Cruz donde muere vilipendiado el hijo de sus entrañas. Los días risueños de Belén y de Nazaret surgiendo de los senos de su alma, desfilan por delante de su memoria, despertando todos los recuerdos y todas las virtudes infantiles de Jesús, para hacer más delicadas y sensibles las fibras de su cariño. María levanta los ojos á la Cruz en busca del hijo que arrulló en su seno y lo ve cadavérico y sangriento, quebrados los cristales de sus ojos y respirando con las intermitencias del estertor de la muerte. Es el más recio de los golpes que

(1) San Lucas XXIV, 26.

le asesta el dolor; y aun cuando sus entrañas se despedazan al recibir el golpe, ni se rinde, ni se acobarda, sino que acatando la voluntad del Eterno, Ella propia ofrece á Jesús en sacrificio por la redención del universo mundo; y cuando su Hijo divino, muriendo vence á la Muerte, precipitándola, según expresión de Isaías (1), en los eternos abismos, María, abrazándose á la Cruz, vence al dolor, aceptándolo libremente como expiación de los delitos del mundo.

Tal fué la batalla, que á María presentaron las huestes del dolor, y tal la victoria alcanzada por la reina de los mártires. Veamos ahora su gloria nacida de sus dolores.

Sobre el proceloso mar en que andaba náufrago y desatinado el mundo pagano, apareció María entonces en el Gólgota como faro de salvación. *Ipsa est*, dice San Bernardo, *præclara et eximia stella super hoc mare magnum et spatiosum necessario sublata micans meritis, illustrans exemplis* (2). Ella es espléndida y eximia estrella necesariamente levantada sobre este hondo y espacioso mar, y alumbra con los rayos de sus méritos gloriosos y guía con los ejemplos de su heroísmo. Á su purísima luz los héroes paganos aparecen medrosos y cobardes huyendo de la sombra del dolor y toman el nombre de flaquezas sus valentías, de crueldades sus conquistas y de pusilanimidad los alcances de sus victorias. Á los rayos clarísimos de este astro matutino se ve pintado el miedo en el semblante de Eneas, en Germánico la melancolía, el abatimiento en Mario, la desesperación en Mitrídates, la cobardía en César y el miedo al infortunio en Cleopatra y Catón. ¡Oh, qué horroroso despertar el del mundo gentílico, heridos sus ojos con esta vivísima luz! Traía la senda equivocada, y lo que los paganos juzgaban correr hacia el heroísmo y la gloria, no era sino un despeñarse continuo al abismo de perdición.

¡Oh! ¿quién es ésta, diré yo mirando á María espantar las sombras del mundo antiguo y bañando á la tierra redimida con sangre divina en la nueva y blanca luz de sus rayos; quién es ésta que marcha como el alba al levantarse? (3) Su cuello como torre de marfil (4), sus ojos claros y vivos como pesqueras en Hesebón; su cabeza como el Carmelo y su estatura como la palma. ¿Quién es ésta que tiene poder contra los negros cuidados que nos desvelan, contra la envidia que nos roba la paz y la ira que pone el hierro fratricida en nuestras manos? ¿Quién

(1) *Præcipitabit mortem et sempiternum.* (Isaías XXV, 8).

(2) S. Bernardo, hom. II super Missus est.

(3) Cantar de los Cantares VI, 9.

(4) Cant. VII, 4, 5 y 7.

es ésta por quien nuestro pensamiento se avergüenza de las malas ideas y huyen de nuestro corazón las ilusiones nacidas de los sentidos y se esconden ruborizados los deseos pecaminosos? ¿Quién es ésta por quien el pensamiento soberbio abate sus alas y recuerda al cuerpo el cieno de su origen y por quien el alma, mirando el cieno de los vicios de la carne, levanta el vuelo á la región altísima donde nació? ¿Quién es ésta por quien sentimos impulsos de generosidad para con nuestros enemigos y deseos de amar á los que nos aborrecen y de alabar y engrandecer á los que nos empequeñecen y vilipendian? ¿Quién es ésta por quien la tierra con los árboles que la sombrean, con las flores que la embalsaman, con la luna que vela nuestro sueño y con el sol que alegra nuestras vigiliás, nos parece la región obscura de nuestro desierto y asoman lágrimas á nuestros ojos, acordándonos de Sión? ¿Quién es ésta que marcha como la aurora al levantarse, haciendo huir la noche borrascosa de nuestro pecado? Esta es la aurora de la Iglesia, fundada por Cristo; porque es el fin de la noche del judaísmo y gentilismo.

¿Porque, qué es la noche, sino obscuridad y sueño? Obscuridad que envuelve los objetos en nubes de sombras y les da formas aparentes y fantásticas, y los rodea de miedos y temores; y sueño en el que parece que se barruntan misteriosamente todas las cosas que han de suceder? ¿Qué es la noche sino la negra hora en que el proscripto da rienda suelta á sus melancolías y arranca de su alma las más tristes lamentaciones? ¿Qué es la noche sino el tenebroso tiempo destinado á los más locos é impúdicos placeres? Pues si atentamente consideramos los caracteres distintivos del judaísmo y gentilismo, veremos que el uno fué la noche en que se soñaron y predijeron los portentos que habían de acontecer con la venida del Mesías; y el otro la noche en que la verdad anduvo envuelta en sombras de idolatría y de superstición. Veremos que el uno fué la noche en que los justos de Israel proscriptos ya en Egipto, ya en Babilonia, deseaban y suspiraban por la libertad y por la patria, imagen de aquella otra patria feliz por la que continuamente lloran las ánimas de los justos; y que el gentilismo fué la noche en que tascados los frenos de la razón y hecha esclava la voluntad de la carne, se apuraron todos los placeres sensuales en el triclinio, ceñida la cabeza de pámpanos, y mientras inmundas bacanales agitaban la tea del desorden y desenfreno. Y veremos, en fin, que el judaísmo fué la noche de las profecías, de los emblemas y de los misterios; y el gentilismo la noche de la concupiscencia, de la idolatría y del escepticismo.

Concretándonos ahora á las sombras que figuraron á la Santa Madre

de Dios, ¿no la véis simbolizada en aquella arca del diluvio, que flota encima de las ondas revueltas, que azotan y ahogan con sus brazos inmensos al mundo prevaricador? ¿No la véis blandiendo hermosa y sin mancilla la espada de Judit; recibiendo en su desmayo de humildad el beso del divino Asuero; y recogiendo las espigas abandonadas en el campo de Booz? ¿No la véis ora arca del testamento donde hace sombra la majestad de Dios, ora lirio entre las espinas de la campiña de Engadis, ora nube blanca que guía á las tribus de Judá por el desierto? Oid el arpa de Isaías y surgirá del torrente de sus notas la verde rama florecida en Jessé (1). Escuchad los deliquios de amor del Esposo de los cantares, y le escucharéis como la llama su paloma inmaculada (2). Oid, en fin, la voz de la sabiduría (3) y sabréis que María es rosa en Jericó, cedro en el Libano, palmera en Cades, hermosa oliva en los campos, plátano frondoso junto al cristalino arroyuelo, cinamomo que embalsama el ambiente, pebete de mirra cuyo perfume se eleva á los cielos, y vid divina que ha dado el fruto que, para la salvación de todos, pende ahora de la Cruz en el Calvario. Y como la lanza de Longinos, al atravesar el costado del Redentor, rasga el velo de todos los emblemas y de todas las profecías, para que aparezca la realidad majestuosa encarnada en Cristo y redimiéndonos con su sangre; ved aquí por qué María, Madre de Dios, que con Cristo espía nuestros delitos y con Cristo nos redime, es el fin de la noche del judaísmo y surge como la aurora al levantarse de su lecho de nubes, y esclareciendo las sombras que la figuraron, como se esclarecen las sombras de la noche ante la riente claridad del día. *Tu lætitia Israel.*

Y si fijamos los ojos en la noche oscura del gentilismo, también hemos de ver cómo María en el Gólgota concluye con sus sombras. ¡Ay!, aquí no hay profetas que la canten, ni figuras que la simbolicen, ni flores que sean emblemas de su virtud y hermosura. Aquí no hay más que la serpiente del paraíso levantándose acá y acullá con diversas formas de diosa, para usurpar á María la adoración que se le debe como á Madre de Dios. Allí se levanta Venus naciendo hermosa y tentadora de las espumas del mar, para divinizar la concupiscencia y santificar, digámoslo así, entre griegos y romanos, los torpes placeres de la carne. Allí surge Juno en su carro tirado de pavos reales, con la frente levantada y los ojos ardiendo en deseos de venganza, como simbolizando la soberbia. Allí se eleva Eris con cabellos de serpiente, blan-

(1) Isaías XI, 1.

(2) Cant. VI, 8.

(3) Eccli. XXIV, 17, 18, 19, 20 y 23.

diendo con la una mano el puñal homicida, y con la otra la tea encendida de la discordia. Allí se mira ciega y calva la Fortuna, apoyada en la rueda que gira por los aires, repartiendo el mal entre los buenos y las dichas entre los malos. Allí se ve á Pandora escapada de las manos de Vulcano, hermosa por Venus, sabia por Palas y elocuente por Mercurio, entregando á Prometeo la caja que encerraba los males que habían de afligir al mundo. Allí, en fin, se levanta la Muerte, diosa sin templos, ni sacerdotes, agitando sus negras alas y sembrando el espanto con los giros de su guadaña. Y como al espirar Nuestro Señor Jesucristo, todos estos ídolos que eran personificaciones del espíritu del mal, saltaron hechos pedazos de sus pedestales, ved aquí cómo María, la Virgen Madre de este Dios único y verdadero, es en el Gólgota al lado de la Cruz, el fin del gentilismo, noche sombría y llena de tempestad, entre cuyas tinieblas se revolvían las bacantes, agitando el tirso é iluminando con el siniestro fulgor de sus teas los rostros descompuestos de los dioses del paganismo. ¡Oh hermosa aurora de la iglesia de Jesús, que vistes la tierra de los colores de tus rayos! Tú eres la alegría de Israel. *Tu lacetitia Israel.*

Pero ¿qué cánticos de muerte, tétricos como noche tempestuosa, son esos que nacen de las llanuras del Danubio y que se esparcen por la tierra, amedrentándola, como voces de maldición? Son las exequias que las hordas húngaras hacen á Atila, rasgándose las mejillas, para llorar lágrimas de sangre. Escuchad: «Duerme, ¡oh Atila!, hijo de Mondzuch. Tú apuraste la copa de la vida, llena de sangre de héroes. Tú arrojabas como pasto al pájaro de la muerte los corazones de los guerreros, que tu espada tendía. Dejas á tus hijos el mundo por herencia: bástales alargarse un brazo hacia al Oriente y otro al Occidente. Al eco de tu nombre, Roma bamboleó, y al rumor de tus funerales se desmoronará alrededor de tu hoya; pero tú nos despertarás.» ¡Oh!, que aquellos cánticos de muerte no eran la vana amenaza de espíritus cobardes, que eran la expresión salvaje de una triste realidad. Atila, el azote de Dios, nacido al parecer de las revueltas aguas del Volga, se levanta como una tromba devastándolo todo; derrota en Basilea á los Borgoniones, asalta las murallas de Tréveris y Maguncia, penetra en Metz, Strasburgo y Spira, perdona como el ángel exterminador de los egipcios, las casas teñidas con la sangre del cordero, á Troya por San Lupo, á París por Santa Genoveva y á Roma por el pontífice San León; y al morir deja abiertos á los bárbaros los caminos que han de seguir para sus devastaciones. Alarico entra en Roma después de haber devastado la Grecia y la Macedonia; y Genserico, al frente de los ván-

dalos, después de asolar España y África y de enardecer allí su sed de sangre, viene sobre la ciudad de los Césares á atormentarla en su agonia. San Agustín en Hipona, sitiada por los vándalos, y San Jerónimo en la soledad de su retiro, lloran con piadosas lágrimas la ruína del imperio, señalando con el dedo á los amigos de los placeres y de la fama, cuán efímera es la gloria del mundo y con cuántas amarguras están mezcladas sus delicias.

Cuando los hijos de Dios, esto es, los descendientes de Seth, se reunieron con las hijas de los hombres, procrearon una generación tan perversa y corrompida, que mereció ser exterminada por las aguas del diluvio: todo desapareció debajo de las olas; las riquezas, la hermosura y los días de placer. Cuando el imperio romano de Occidente, por lo que tenía de gentilico colmó de ira la copa del Señor, ya lo habéis visto, un diluvio de gentes salvajes y bárbaras vino sobre él arrebatado y furioso, y el imperio se hundió y desapareció entre las hordas feroces de vándalos y de hunos, que bramaban cantando su victoria, como rugen las olas del Océano sobre la nave desbaratada que se pierde entre sus revueltos senos. El arca de Noé sobrenadó sobre las impetuosas aguas del diluvio, llevando dentro de sí la salvación del género humano; y sobre las irritadas muchedumbres de Atila y Genserico, se levantaba una imagen del cielo de la que no apartaban los cristianos los ojos de su fe, alzándole súplicas y lamentos y por la que los bárbaros, instrumentos de la ira de Dios, respetaban sin darse cuenta de ello, á los hijos de Jesús en el día del extrago y la matanza. Podía decirse que los cristianos estaban cobijados con su manto de protección, y que en aquel diluvio de sangre, la celeste imagen era como el arca de Noé salvadora de la humanidad y respetada por las olas. ¡Oh!, arca era de salvación, no sólo para las entonces tristes regiones de Occidente, sino para todos los hombres de la tierra, en sus presentes y futuras generaciones. Arca de salvación preservada del castigo por carecer de la mancha del pecado. Arca viviente de salud, que al ser puesta por las iras de los hombres y por los impulsos de su amor sobre la cumbre del Gólgota, ofrece á Dios en sacrificio al Hijo querido de sus entrañas; porque esa imagen del cielo es la santa Madre de Dios.

Los hijos de las selvas por cuyas venas corre la sangre que desea los combates; cuyos ojos brillan ébrios de placer, cuando escuchan sus oídos el alarido que precede á la pelea y cuyas nervudas manos sólo acarician las crines de sus corceles, se olvidan del batallar, cuando escuchan de los labios de los cristianos la historia de su heroísmo. Paréceme que los veo sentados sobre las ruinas de Roma, anudada sobre la

cabeza la enmarañada cabellera por parecer más formidables, ennegrecidas las mejillas por el viento frío de su patria y con los ojos hundidos y feroces escuchar respetuosos de labios del sacerdote cristiano la inmensa generosidad de un Dios que muere por salvar á los hombres y el inmenso amor de su Santísima Madre, que da á su Hijo en sacrificio porque la humanidad sea redimida de la esclavitud del pecado. Aquellos hombres de indómito corazón, pero no corrompido por los vicios, se exaltan primero contra los perseguidores de Jesús y de María, sienten después los ímpetus del llanto conmover sus robustos pechos, y lloran por último cuando llegan á comprender que María sufre el dolor inmenso de los tormentos de Jesús por amor nuestro é inocentemente, estando como estaba exenta de aquel pecado, por el cual este mundo es un valle de lágrimas. Y aquellos fieros salvajes, hambrientos de destrucción, mansamente cautivados por el generoso heroísmo de María y enamorados de la caridad que practicaban sus humildes hijos, arrojaron la espada destructora y con las ruinas de los palacios y castillos que destruyeron, levantaron las basílicas cristianas, anchas y sombrías como las selvas de donde salieron, pero llenas de imponente majestad como la imagen de Jesús en el Calvario, dando á la humanidad por Madre á su Santísima Madre.

Vedlos en las inmensas naves del templo de Toledo; ya ha desaparecido la ferocidad en sus miradas; su rostro no está ennegrecido por el polvo de los combates, sino escaldado por el llanto de la penitencia; sus manos no están manchadas de sangre humana, sino ungidas por el óleo santo de los sacerdotes; sus cuerpos no visten los arreos de campaña, sino las blancas vestiduras de los ministros del santuario; ya no empuñan el acero, rayo destructor en la pelea, sino la cruz de Jesucristo, que es signo de paz y bienandanza. Ya no se llaman Alarico, Atila y Genserico, que se nombran Leandro, Isidoro é Ildefonso, que fijos los ojos en la imagen de María y dando alas al pensamiento para que vuele á los cielos, mientras doblan reverentes en la tierra la rodilla, exclaman en el colmo de su admiración y su cariño: Tú eres la alegría de Israel. *Tu letitia Israel.*

Y si queremos encontrar en una sola nación lo que esta Virgen angustiada ha hecho por los hombres, volvamos los ojos á España, santificada por sus huellas, terrible y nunca vencida en los combates, cuando invocó su nombre; maravillosa en sus genios á quienes el amor á María parece como que les dió alas para subir á los cielos, verla vestida de gloria entre auroras de blanca luz, y trasladar al lienzo su soberana hermosura con mano arrebatada por la inspiración. Volvamos

los ojos á España salvada en Covadonga, triunfante en los campos de las Navas, y rematando la victoria en la vega granadina, amparada siempre de la Santa Madre de Dios. Volvamos los ojos á España que escribe su nombre en Otumba con la espada de Cortés, que le entona himnos de victoria al son de la corriente del Garellano y que enseña á las olas de Lepanto su inefable hermosura entre los gritos del combate y el rugir de los bronces, para que eternamente la bendiga al reclinar sus cabellos de espuma durmiéndose en la playa. Y España cuando comienza á formar aquella habla sonora, escogida por Carlos V para hablar con Dios, como hija pequeña que no sabe hablar y aprende á balbucir tiernas palabras con las que siempre envuelve el nombre de su madre, prorrumpe en balbucientes canciones á María, que son los himnos de Berceo y las regaladas cántigas del Rey Sabio. Y yo tengo para mí, que María se contenta de que los ángeles se las canten en el cielo, como reina que escucha embelesada repetir á las damas de su corte las primeras frases incoherentes de su pequeña hija primogénita.

Que los príncipes palatinos doblen la rodilla al escuchar el nombre de la Madre de Dios; que los anglo-sajones eleven á María capillas de paja larga, como trasunto del pesebre de Belén; que la Polonia nos muestre la imagen de la Virgen sobre su victorioso estandarte; que la Dinamarca esgrima el heroico broquel de Valdemaro, en el que campea la imagen de la Reina de los cielos; que el Oriente deslumbre nuestros ojos con la magnificencia de las inmensas basílicas consagradas á María; que los galos nos presenten sus madonas en los huecos de sus viejas encinas, como santificando los claros manantiales de las aguas; que los armoricanos bardos celebren en sencillas baladas las grandezas de la Reina de los ángeles y la veamos cruzar el lago azul coronada de rosas blancas, con las manos levantadas á los cielos en apatitud de suplicar por la tierra; que sobre todas estas muestras de devoción á la Madre de Dios se levantarán en nuestra patria un santuario de cada risco, de cada valle el murmullo de un río, de cada aldea una oración, y de cada batalla un estandarte proclamando á María gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de nuestro pueblo. *Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

Como fué de terrible la batalla de sus dolores, así es de excelsa su gloria en los cielos y en la tierra. Nadie la aventajó en valentía para sufrir los recios golpes del pesar; ni nadie puede subir más alto, fuera de Dios, que María en la gloria. Sufrió con denuedo para ser Madre de los hombres, y siendo Madre de los hombres, es gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra clarísima de nuestra patria.



Venid, hijos de Granada que la proclamáis vuestra Madre bienhechora; venid, desamparados de la fortuna, que la llamáis vuestro auxilio; venid, gremios de las artes y del trabajo, que daís al aire vuestras banderas, apellidándola luz, que alegra vuestras horas de fatiga; venid, labradores, que echáis en su nombre el grano en los removidos surcos de la tierra; venid, hijos del pueblo, que arriesgáis vuestras vidas en defensa de vuestros prójimos, llamándola, cuando el fuego os envuelve en sus llamas homicidas; venid, caballeros horquilleros, ilustres cofrades y mayordomos, más legítimamente ufanados en llevar por Granada en son de triunfo á la Virgen de las Angustias, que con los heráldicos blasones de vuestros nobilísimos escudos; venid, ediles que presidís al pueblo granadino en la más grande y entusiasta de sus fiestas religiosas; ven, en fin, venerable Pastor de nuestras almas, que bendiciendo á tu Granada al pie de los altares de su Patrona, te abismas en la más inmensa de las alegrías, porque jamás se vió Pastor más compenetrado de la ventura de sus ovejas; venid todos y caigamos de rodillas delante su trono, y digámosle de lo íntimo de nuestro corazón:

¡Oh Virgen de las Angustias! ¡Oh embeleso y dulzura y claridad y gloria del pueblo de Granada! ¡Oh sol de nuestros campos, atmósfera de nuestras vidas y Madre de nuestras almas: ruega por nosotros. Granada entera de rodillas al pie de tus altares, dando al olvido sus propias desventuras y fundiendo sus penas y sus deseos en una sola esperanza, te pide por aquellos bravos dragones de Santiago que antes de partir para aquel suelo cubano, donde se respiran en la atmósfera átomos de muerte, vinieron á despedirse de Tí y á ponerse bajo el resguardo de tu dulce misericordia. Guárdalos, Virgen de las Angustias, conserva en sus pechos el denuedo de Pizarro y de Cortés, y haz que vuelvan todos triunfantes de los rebeldes enemigos de la Patria, al pie de tus altares; para que cubiertos aún del polvo de los combates, te pregonen una vez más Capitana de nuestras huestes y *honra de nuestro pueblo*. Y haz que agradeciendo todos estos insignes favores, juntamente con todos los otorgados por Tí á nuestra Patria y á nuestras almas, merezcamos decirte en el cielo, bañándonos en los resplandores de tus ojos de misericordia: Tú eres la gloria de Jerusalem, Tú la alegría de Israel y la honra de nuestra Patria, por los siglos de los siglos. *Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri,*

AMÉN.

A. M. P. I.



